

El instrumento del grillo obedece al mismo principio que el de los locustianos. Subiendo más o menos los élitros, los grillos pueden dar a su gusto sonidos brillantes o apagados. Cuando se encuentra uno en un campo, habitado por grillos, nota fácilmente que todos cantan al mismo tiempo, haciendo coincidir los silencios; lo cual prueba, entre paréntesis, que se oyen bien unos a otros. Para cantar, los grillos se asoman a la puerta de su hueco o aun salen a algunos centímetros de distancia. Si se acerca alguien, cesa la canción del grillo más próximo, pero se percibe la de los huecos vecinos.

Como rey de los músicos entomológicos, el grillo tiene un rival más célebre que él: la cigarra. Los griegos estimaban en mucho el canto de este insecto: Homero y Anacreonte lo han celebrado en verso, Platón en prosa. Los latinos, al contrario, no lo han aplaudido mucho.

Es difícil ver el aparato sonoro de la cigarra: se parece en todo al juguete estúpido llamado *cri-cri*. Uno y otro aparato suenan por la deformación de una lámina sólida, que vuelve luego a su estado primitivo. El canto de la cigarra se subdivide en estrofas de algunos segundos, separadas por cortos intervalos. Sucede a veces, sobre todo en las horas pesadas de la tarde, que el insecto, embriagado de sol, abrevia y aun suprime los silencios. El canto es entonces continuo; pero siempre con alternancia de *crescendo y decrescendo*. La orquesta principia hacia las 7 de la mañana y no cesa sino al morir del día. Cuan-